

Mi primer beso

BETH REEKLES



Por la autora
de 17 años
que ha conseguido
millones de lectores
en todo el mundo

Mi primer beso

BETH REEKLES

Traducción de Patricia Nunes Martínez

1

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó Lee desde la cocina mientras yo cerraba la puerta de la calle.

—No, gracias —contesté—. Subo directa a tu habitación.

—Vale.

Nunca había dejado de maravillarme lo grande que era la casa de Lee Flynn; prácticamente una mansión. Había una habitación abajo con una tele de cincuenta pulgadas y sonido envolvente, por no hablar de la mesa de billar y la piscina exterior (climatizada).

Aunque para mí era como mi segunda casa, el único lugar donde de verdad me sentía cómoda era en la habitación de Lee.

Abrí la puerta y vi el sol entrando a raudales por la puerta abierta que daba a su pequeño balcón. Las paredes estaban cubiertas de pósters de grupos, su batería estaba en un rincón junto a una guitarra y su iMac estaba sobre un elegante escritorio de caoba que hacía juego con el resto de los muebles.

Pero, al igual que en la habitación de cualquier otro chico de dieciséis años, había camisetas, calzoncillos y calcetines malolientes tirados por todo el suelo; un sándwich a medio comer se secaba junto al iMac y las latas vacías descansaban por todas partes.

Me tiré sobre la cama de Lee; me encantaba la forma en que rebotaba.

Éramos amigos íntimos desde que nacimos. Nuestras madres se conocían de la universidad, y yo vivía sólo a unos diez minutos andando. Lee y yo habíamos crecido juntos. Podríamos haber sido gemelos, porque daba la casualidad de que habíamos nacido el mismo día.

Era mi mejor amigo. Siempre lo había sido y siempre lo sería. Incluso aunque a veces me hiciera cabrear de verdad.

Él entró en ese momento con dos botellas abiertas de refresco de naranja, porque sabía que, si no, en algún momento me hubiera bebido el suyo.

—Tenemos que decidir qué vamos a hacer para la feria —dije.

—Lo sé —suspiró él, mientras se alborotaba el cabello castaño y hacía una mueca con su cara llena de pecas—. ¿No podemos hacer eso del coco? Ya sabes, eso en que se tiran bolas para tratar de derribar los cocos.

Asentí con la cabeza, asombrada.

—Estaba pensando justo en eso...

—Claro que sí.

Sonreí.

—Pero no podemos; ya lo monta alguien.

—¿Y por qué tenemos que poner una caseta? ¿No podríamos organizar todo el montaje y dejar que otros se encarguen de pensar en las casetas?

—Eh, fuiste tú quien dijo que estar en el consejo escolar quedaría muy bien en nuestras solicitudes de acceso a la universidad.

—Y tú fuiste quien estuvo de acuerdo.

—Porque quería estar en el comité del baile —le expliqué—. No pensé que tendríamos que ocuparnos también de la feria.

—Es una mierda.

—Lo sé. Hey, ¿y si alquiláramos uno de esos..., hum..., ya sabes —hice un gesto de golpear algo—, esas cosas con un martillo?

—¿Donde mides tu fuerza?

—Sí. Uno de éstos.

—No. Ya han pedido uno.

Suspiré.

—Entonces no sé. No queda mucho; ya lo han cogido todo.

Nos miramos.

—Ya te dije que teníamos que haber empezado a planear esto antes —dijimos ambos a la vez.

Nos echamos a reír, y Lee se sentó ante el ordenador, haciendo girar la silla lentamente.

—¿Una casa encantada?

Lo miré con cara de póquer; bueno, lo intenté. No era fácil pillarle los ojos mientras él siguiera girando así.

—Es primavera, Lee, no Halloween.

—Sí, ¿y qué?

—No, nada de casas encantadas.

—Bien —gruñó él—. Entonces, ¿qué sugieres?

Me encogí de hombros. La verdad, no tenía ni idea. Estábamos bastante pillados. Si no se nos ocurría algún tipo

de caseta, acabarían echándonos del consejo escolar, lo que representaría no poder incluirlo en nuestras solicitudes para la universidad.

—No sé. No puedo pensar con tanto calor.

—Entonces, quítate el jersey y piensa en algo.

Puse los ojos en blanco, y Lee entró en Google en busca de ideas para una caseta para la Feria de Primavera. Me quité el jersey y noté el sol sobre mi estómago desnudo. Intenté que no se me subiera el top que llevaba debajo...

—Lee —dije, con la voz apagada bajo el jersey—. ¿Me echas una mano?

Él soltó una risita y lo oí levantarse. En ese momento se abrió la puerta de la habitación, y por un minuto pensé que Lee me estaba dejando en la estacada, pero al instante siguiente oí una voz diferente.

—Vaya, al menos cerrad la puerta si os vais a dedicar a eso.

Me quedé paralizada; las mejillas se me pusieron como un tomate mientras Lee tiraba hacia abajo de mi top y me quitaba el jersey de un tirón, con lo que se me quedó el pelo de punta.

Vi a su hermano mayor apoyado en el marco de la puerta, con una media sonrisa.

—Eh, Shelly —me saludó. Sabía que odiaba que me llamaran Shelly. Se lo permitía a Lee, pero con Noah era diferente. Sólo lo hacía para fastidiarme. Nadie más se atrevía a llamarme Shelly después de que en cuarto le pegara cuatro gritos a Cam por hacerlo. Todos me llamaban Elle, diminutivo de Rochelle. Igual que nadie se atrevía a llamarlo Noah a él. Excepto Lee y sus padres, el resto lo llamaban por su apellido: Flynn.

—Hola, Noah —le respondí sonriéndole con dulzura.

Él apretó los dientes y alzó un poco las oscuras cejas, como si me estuviera retando a seguir llamándolo así. Yo sólo le volví a sonreír, y la media sonrisa sexy regresó a su rostro.

Noah era el tío más bueno que había sobre la Tierra; creedme, no exagero. Cabello negro que le caía sobre los ojos azul eléctrico, alto y ancho de espaldas. Tenía la nariz un poco torcida, de cuando se la rompió en una pelea y no se la habían puesto del todo bien. Noah no rehuía las peleas, pero en el colegio nunca lo habían castigado. Aparte de alguna que otra «sacudida», como Lee y yo las llamábamos, era un alumno modelo: sus notas nunca bajaban de sobresaliente y también era la estrella del equipo de fútbol americano.

A los trece o catorce años, yo estaba colada por él. Aunque se me pasó bien rápido cuando me di cuenta de que se encontraba totalmente fuera de mi alcance y siempre lo estaría. Y aunque estaba buenísimo, yo me comportaba de un modo natural con él, porque sabía que no tenía ni la más mínima posibilidad de que llegara a mirarme como algo más que la mejor amiga de su hermano pequeño.

—Ya sé que, al parecer, causo ese efecto en las damas, pero, por favor, ¿te importaría tratar de no quitarte la ropa en mi presencia?

Reí sarcástica.

—Sigue soñando.

—¿Y qué estáis haciendo?

Por un instante me pregunté por qué le interesaba, pero luego ya no le di importancia.

—Tenemos que pensar en una estúpida caseta para la feria.

—Parece... una mierda.

—Y que lo digas —repliqué, poniendo los ojos en blanco—. Todas las casetas que valen la pena ya están pilladas. Acabaremos con algo como..., como..., como esa cosa en la que pescas un pato con un gancho.

Los dos me miraron como si no se me pudiera haber ocurrido una idea peor, y me encogí de hombros.

—Lo que sea. Eh, Lee..., mamá y papá estarán fuera esta noche, así que fiesta a las ocho.

—Guay.

—Y, Elle, esta noche trata de no desnudarte delante de todos para impresionarme.

—Ya sabes que sólo tengo ojos para Lee —repliqué con inocencia.

Noah rió un poco. Ya estaba escribiendo en su móvil, seguramente enviando el mensaje sobre la fiesta, igual que Lee. Salió de la habitación como un gato perezoso o algo así. No pude evitar que se me fueran los ojos detrás de su bonito culo...

—Eh, puedes parar de mirar a mi hermano durante un par de segundos... —bromeó Lee.

Me sonrojé y le di un empujón.

—Cierra el pico.

—Pensaba que ya no seguías colgada de él.

—Es cierto, pero eso no hace que esté menos bueno.

Lee puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. A veces te pasas, ¿sabes?

Me senté ante el ordenador con Lee mirando desde detrás, la barbilla apoyada en mi cabeza.

Cliqué la siguiente página buscando resultados y fui pasando la pantalla; noté que los ojos se me iban quedando vidriosos al pasarlos por la página.

Me detuve. Algo me había llamado la atención.

—Para —dijo Lee, que también lo había visto.

Ambos miramos la pantalla durante unos segundos; luego, él se puso en pie y yo me volví en la silla para mirarlo. Sonrisas idénticas nos adornaban el rostro.

—Una caseta de besos —dijimos a la vez con regocijo. Lee alzó la mano y yo se la choqué.

Iba a ser tan guay...